

LA PERSONALIDAD, LA CREACIÓN Y EL MENSAJE  
DE ALFONSO REYES

Hablar de Alfonso Reyes presupone audacia en quién no se le asemeje por el talento crítico y la visión profunda, abarcadora de todas las cosas; pero, en mi caso, bien puede atribuirse el riesgoso empeño a los impulsos de una comunidad de simpatía. A la iniciativa del doctor José María Chacón y Calvo, el gran animador de nuestras actividades de cultura, debo la honrosa designación que me confió el trabajo inaugural del año académico de 1954 a 1955, en la Academia Cubana de la Lengua; y a la sugestión decisiva del ejemplar Presidente de la Corporación, tan hondamente vinculado al ilustre mexicano del mundo por la admiración y la mutua simpatía, debo, tanto como a mi propia determinación, ese último desplazamiento de la voluntad que siempre hace falta para vencer temores en pugna con sentimientos contrarios y que ahora me lleva hasta Alfonso Reyes.

Anticipadamente sea dicho esto en favor y alivio de mis responsabilidades, las que, si podrán atenuarse de este modo, y por la natural benevolencia de quién me juzgue, nunca lo serán tanto como yo quisiera.

En suma, por eso, con simpatía y cautela, me acerco a la personalidad y a la obra de Alfonso Reyes, indisolublemente unidas en una de las más armoniosas y ejemplares conjunciones de arte y sabiduría, de gracia y pensamiento, de humanismo y de noble humanidad, que puede hoy complacer y orientar a quién, en cualquier latitud del mundo actual, sienta la imperiosa necesidad de elevar y perfeccionar la esencial e irrenunciable condición de hombre nacido para la libertad creadora.

Al acercarnos a Alfonso Reyes, estamos ante un caso de concurrencia de notas excepcionales, pluralidad excepcional de aptitudes y realizaciones, de dimensiones y calidades, de valores y enseñanzas. En él se entrelazan y complementan el concepto y la imagen, la

intuición fresca y gozosa, iluminadora de la vida, animadora del hombre y del artista, y la aventura intrépida del pensamiento, señorialmente dominador de las circunstancias. En su obra, como él dijo de la de Pedro Henríquez Ureña, el adorno se vuelve esencia, los adjetivos trascienden, porque se substantivan en la más amplia y filosófica acepción del término, porque, sin perder el valor que les da su función estética, están llenos de substancia conceptual; los epítetos son definiciones. Por eso, su obra, concebida y trabajada sin prisa y sin tregua, es perdurable y decisivo ejemplo que muestra cómo en las cimas de la expresión artística, pensamiento y forma se confunden sin diferenciación posible en una síntesis que es prueba y condición de lo perfecto y perdurable.

Para definir, en este caso, al hombre y al escritor, hay una frase que posee ya categoría de proverbio: *Alfonso Reyes, el mexicano universal*. A tan expresivo y justo sobrenombre nos acogemos particularmente complacidos los hispanoamericanos para hablar de él. En Reyes, la obra trasciende de lo mexicano a lo universal; pero pasando siempre por el plano intermedio de lo americano en el cual los hijos del Nuevo Mundo nos sentimos cordialmente unidos al gran escritor.

México es su seguro punto de partida, la torre de observación sobre su mundo. Partiendo de este México de múltiples facetas, nacido heroicamente de la más rica síntesis de razas y culturas, ha ido realizando Reyes su obra vastísima y diversa. En ella caben todos los temas, todas las preocupaciones y todos los enfoques de un escritor que, como por arte de magia, ha sabido hacer de la multiplicidad de aptitudes una preciosa virtud del artista y del hombre de ideas.

Desde las proximidades del año crítico mexicano de 1910 hasta hoy, a través de años de perturbación y de crisis histórica que se acercan ya para él a la media centuria, desde su precoz aparición en el panorama literario, construye una obra jamás interrumpida, en ascenso, en proceso siempre abierto de perfección y de enriqueci-

miento, a la que iluminan una diáfana concepción de la vida y un alto ideal de cultura en que lo humano y lo humanístico se combinan de manera armoniosa y fecunda.

Es éste un preclaro humanista moderno en quien la sabiduría y la magnífica aptitud artística se anudan siempre a una rica y vigilante humanidad, haciéndolo a la vez captador de ideas y valores esenciales y descubridor y exégeta de tiempos nuevos.

Cuando, hace más de cuarenta años, se incorpora este hijo ilustre de Monterrey a lo nacional mexicano, *bohémios* románticos rezagados y *raros* del modernismo en liquidación tenían ya contados sus días de arte caprichosamente libre, herido por la anarquía, ahogado en el ambiente enrarecido de la ciencia positiva y de la decrepita dictadura política del longevo porfirismo. Y gracias precisamente a la doctrina y a la disciplina de la generación de la que es Alfonso Reyes representante ilustre, los bohémios dejarían la calle, abierta a todos los impulsos anárquicos, y los raros del modernismo abandonarían los frívolos refinamientos de salón, para concentrarse todos, con aquella juventud tensa de iniciativas, en el trabajo creador del gabinete y de la biblioteca, reconciliado desde entonces con las empresas del arte.

En el marco histórico de lo mexicano, aparece por aquel tiempo Alfonso Reyes en el grupo ilustre del *Ateneo de la Juventud*, ligado, como casi todos sus integrantes, a otras obras y proyectos juveniles, en una valiente y bien orientada comunidad de iniciativas renovadoras.

Documentación significativa de la obra de aquella promoción es un breve volumen de *Conferencias*, publicado en México, en 1910. Allí aparecen, con Alfonso Reyes, que trata de los *Poemas Rústicos* de Manuel José Othon, Antonio Caso, que presenta su exégesis de *La filosofía moral de Eugenio M. de Hostos*; Pedro Henríquez Ureña, que estudia *La Obra de José Enrique Rodó*; Carlos González Peña, que enjuicia a *El Pensador Mexicano y su tiempo*; José Escofet, que dedica su trabajo a *Sor Juana Inés de la Cruz*; y

José Vasconcelos, que se refiere a *Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas*. Atendiendo sólo a la juventud de los autores, aquellos trabajos hubieran podido recibirse como los primeros esfuerzos de un nuevo grupo generacional que trataba de llamar la atención acerca de su presencia, de sus posibilidades históricas y sus puntos de vista; pero pronto el acontecer de las cosas demostró que el poder germinativo y transformador de aquel haz de energías lanzadas a un público expectante u hostil, estaba destinado a producir cambios de enorme trascendencia. En realidad, aquello era el núcleo de ideas y actitudes del que iba a brotar el pensamiento y el arte de una nueva época, iluminada por el juego de sombras y luces de la Revolución Mexicana y de la primera Guerra Mundial.

Así, encuadrado en las circunstancias de México y del mundo, en la egregia compañía que merece, empezamos a contemplar la vida y la obra de Alfonso Reyes, a la luz necesaria de lo contemporáneo.

Tres figuras de la época, tan eminentes como diversas, sirven preferentemente para realizar la comparación esclarecedora que alumbra el escenario de la historia y permite la mejor captación de valores y actitudes: Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos.

En Antonio Caso, la austeridad del pensador se impone a la ardorosa pasión subterránea del hombre anheloso de claridad, de seguridad, de verdad. Henríquez Ureña era el equilibrio y la serenidad escrutadora y sagaz. Equilibrio entre las tendencias en pugna; en los temas y en los propósitos; en las proyecciones de la personalidad y en los caracteres del estilo. Vasconcelos —hoy pretérito en ruinas— ha sido la espontaneidad y el exceso de la pasión. Vasconcelos, intuitivo y apasionado, es la arbitrariedad, aunque también la audacia. Henríquez Ureña, humanista y maestro, personalidad cósmica, posee la ciencia más precisa y segura, la cultura más variada y completa, que en él son como el trasunto ideal de un mundo acabado y perfecto. Caso es el más objetivo y profundo; pero lo que para otros pensadores es hazaña o aventura, para él es drama, el

drama intelectual intensamente vivido por el hombre, que llena su obra, la anima y la caracteriza con su ardor y su fulgor. En la perenne e innumerable diversidad de la vida, Caso y Henríquez Ureña conservan como son, examinan e interpretan los contrastes; Vasconcelos apasionadamente los subraya y agiganta; mientras que Reyes los incorpora a su prodigiosa actividad vital, convertidos en un riquísimo, gozable y aleccionador proceso de *simpatías y diferencias* espirituales.

De esta manera de ser, de ver, apreciar y sentir las cosas, se derivan los caracteres esenciales de la obra de Alfonso Reyes, juzgada a la doble luz de esencias y de circunstancias: la universalidad, la libertad, el equilibrio, la gracia perdurable.

En este caso, el escritor asciende, trasciende, de lo enciclopédico a lo propiamente universal, de la yuxtaposición de elementos —temas, proyecciones y caracteres— que constituyen el mundo atomizado de toda enciclopedia —y ésta puede ser un libro o un hombre— a la coordinación e interpretación de lo múltiple, de lo innumerable e indefinidamente diverso y cambiante de la vida tal como ella es, antes y después de entrar en el laboratorio, en el archivo y en la biblioteca, antes y después de captarla en fragmentos, meros datos o indicios de una realidad superior, en el fichero bibliográfico, el análisis, el experimento, el cuadro estadístico y todas las disecciones y comprobaciones posibles de la ciencia y de la especulación filosófica.

De esta manera, es la de Alfonso Reyes genuina universalidad, en la que no hay análisis que no sirva a la síntesis armoniosa, en la que la multiplicidad conduce a la unidad. En este justo sentido, su obra es universal, porque esencialmente es mirador de inagotables perspectivas sobre el panorama de la vida.

En consonancia con su universalidad genuina, esta obra se caracteriza de igual modo por la libertad de su pensamiento y de su estilo. Manifestación espiritual de la libertad consciente y creadora, obra de pensamiento libre y estilo eficaz, sin ataduras, limitacio-

nes o subordinaciones de tendencias o preferencias es lo que hay que decir de ella al confrontarla con las corrientes ideológicas y artísticas, lo menos que debe decirse de esta vasta producción, que es, por cierto, lo más valioso y enaltecedor que puede decirse de un escritor en el recuento de sus caracteres primarios.

Y con esto, la armonía, alma del arte verdadero y del pensamiento seguro; las equilibradas posibilidades de creación y de interpretación que, en esta obra, al realizarse, se combinan, completan y refuerzan. Y como cima, y más, como aliento vivificador, la gracia que transfigura y perdura.

Así se revela cuán justamente hay que reconocerle lo que, por desgracia, aún suele faltar a escritores americanos: la amplitud de horizontes, la humanidad vivificadora del humanismo de buena ley, y sobre todo, la perenne primavera del espíritu, que revela el don del ingenio sin acidez, y el don de la gracia, aquella gracia de la que, en cada caso en que aparece en el mundo, sólo puede decirse que es única, y muere siempre entre los adjetivos, en las manos de quien pretende analizarla y describirla.

Esta caracterización, que en su rapidez ha intentado captar esencias, toda caracterización de esta obra excepcional, no creo que pueda rematarse mejor sino con la afirmación de esta gozada evidencia de todo lector de Alfonso Reyes: es un escritor en perenne primavera del espíritu.

Al examinar siquiera someramente, en sí misma, independizándonos en lo posible de referencias, la obra primaveral de este escritor de más de cuarenta años de labor incesante, la impresión de vastedad nos domina, y, sin embargo, aun tiene que multiplicarse nuestra admiración ante cada aspecto, ante cada tema o situación, al hallar de continuo primores y cuidados; atisbos, rectificaciones, descubrimientos e información curiosa, lo mismo que aciertos y realizaciones definitivas; al comprobar a la vez la magnitud del trabajo y la originalidad y alta calidad de la creación.

En la bibliografía activa de proporciones colosales de Alfonso Reyes, no hay género o especie de literatura que haya podido olvidarse. Desde las proximidades del año 10 hasta hoy, incesantemente ha cultivado la poesía lírica y la dramática; la oratoria, la prosa artística, el cuento y diversas especies narrativas; ensayo y crítica; filología pura; o diluída en literatura de muy diferente carácter; crónica literaria, periodismo, memorias, biografía e historia propiamente dicha; y a él debemos además numerosos comentarios marginales, ediciones y traducciones.

No precisamente tras esa obra inmensa, sino en ella misma, inseparable de ella, entregándose con ella al lector en el trabajo del artista y del pensador y en reacciones de palpitante humanidad, está el hombre que es Alfonso Reyes.

Pedro Henríquez Ureña, en 1927, lo definió como esencialmente poeta. Otros, haciéndole menos justicia, tomando la parte por el todo, subrayan, como características, el impulso y las dotes esenciales del orador. Hoy, ante el panorama impresionante de su obra, no creo que pueda dudarse que sea el ensayista, el prototipo de ensayistas, lo que define mejor su gran personalidad. Para aceptar sin fundadas objeciones este juicio, sólo hace falta naturalmente reconocer en el ensayista típico la compleja y excepcional personalidad del poeta y del hombre de pensamiento que se confunden para dar vida a una obra en la que lo substantivo del concepto, los valores estéticos de la forma y el acento personal tienen que concurrir en unidad de creación.

Pero al hablar de su personalidad literaria, precisa recordar siempre que con ella, sosteniéndola, animándola, matizándola, convive la dinámica, simpática y vigorosa personalidad humana del gran escritor.

El conocimiento directo y el trato personal del hombre no alteran lo que pensamos y sentimos acerca de él como autor, si no es para matizar y completar el juicio y aumentar y consolidar la simpatía que nos liga al artista y al hombre de ideas. El grato recuer-

do del hombre que deja Alfonso Reyes es inolvidable, y pudiera sintetizarse en notas fundamentales que distinguen la manifestación natural de su sensibilidad y de su talento: la naturalidad, la vivacidad de su presencia, la cordialidad de este gran generador de simpatía que se nos entrega en dádiva generosa en el trato personal, y particularmente en su palabra mágica de conversador memorable.

Así, al instante se capta al hombre. Así alguna vez hube de captar su comunicativa personalidad humana. El relato de la enfermedad que hace algunos años hubo de asaltarle conserva su nítido perfil en mis recuerdos. Tenso, vivaz, curioso, ricamente expresivo, requería sólo la fiel versión taquigráfica para incorporarse a su obra literaria. La evocación agradecida del doctor Chávez que le escuchamos, de quien, nos decía, *no es un médico, sino un mago de la Medicina*, equivalía a un magnífico retrato; y literatura de la más alta calidad artística y humana había en sus frases para explicarme las para él muy sensibles razones por las que, sintiéndose entonces sólo *doctor en perplejidades*, no podía venir a Cuba a recibir el doctorado honoris causa de la Universidad de La Habana.

Así es, fuente inagotable de vivacidad animadora, de cordialidad y comprensión, ejemplar lo mismo por la naturalidad y discreción que por la agudeza, abundancia y poder expresivo de la palabra, así es la personalidad humana de Alfonso Reyes, cuya huella no se pierde nunca ni en la literatura ni en la vida.

Del examen, siquiera en esbozo, de la personalidad literaria y humana de Alfonso Reyes, en el que la objetividad conduce a la admiración y el juicio se convierte en elogio, precisa pasar a la exploración de la compleja estructura íntima del escritor, a esa complejidad suya que es riqueza que se oculta en el perfecto ajuste y equilibrio de aptitudes y en el cabal dominio de los recursos de expresión de este maestro de transparencias y sobriedades.

El no disgregarse, el no distribuir sus dotes en proyecciones distintas, constituye su esencial y más valiosa singularidad, la que mejor lo define como escritor. En él, escritor integral, no es dable

separar nunca la experiencia poética persistente, la maestría del narrador, la finura y originalidad del ensayista, la información copiosa, hondura y solidez conceptual del hombre de pensamiento, el arte del cultor de la forma impecable. Por eso, no puede concretamente representarle y definirle el poeta, ni el narrador, ni el orador, ni el ensayista, ni el prosista artístico, sino la síntesis de todas estas personalidades, en la que, si, para darle unidad, alguna predomina, es la personalidad compleja del ensayista, constituída de este modo por una fastuosa pluralidad de dotes específicas.

En el ensayo de Alfonso Reyes, a la complejidad de caracteres que es nota substantiva del género, a la habitual confluencia de arte y dialéctica, se añaden otros aportes que son enriquecimientos y realces. En sus ensayos, en último esquema, hay el proceso de análisis y desarrollo de una idea, la visión sutilmente interpretativa de la realidad, o los insospechados avatares de una emoción; pero el escritor no es sólo expositor que observa, discurre, polemiza y concluye o sugiere sino además autor de variadísimo estilo, tonos muy diferentes y resonancias diversas, que sabe utilizar en cada caso las múltiples aptitudes y experiencias ganadas en el afortunado cultivo de todos los géneros literarios. A lo propio y medular del desarrollo ensayístico, sabe añadir con acierto los despliegues imaginativos y el estilo del narrador novelesco, la agilidad del cronista, el análisis y las proyecciones del historiador, y la visión transfiguradora, el sentimiento y el lenguaje de la poesía, con su aliento, sus intuiciones y sus imágenes. Por eso, en cada ensayo del gran escritor de México, hay siempre, no sólo un prototipo de ensayo, sino una síntesis de la literatura con la plenitud innumerable de sus modos, de sus estilos y sus perspectivas.

Y esa variedad que es riqueza tiene su forma peculiar de manifestársenos. En el largo proceso de su creación incesante, no hay desvíos ni remansos. No es la suya una obra hecha en la dedicación sucesiva a géneros diversos, sino concurrencia perenne de labores, en la que, en cada etapa, si predominan ciertos temas, notas y formas,

no se excluyen nunca los otros elementos que mantienen la excepcional e impresionante variedad.

En sus años juveniles, mientras se presienten los preparativos técnicos del crítico y del filólogo y se adivina el trabajo ardoroso del buceador de culturas, dan motivo y acento a su obra la lírica, la oratoria y el relato de imaginación; pero nada de ello queda a la zaga, como mera señal del camino recorrido, sino se incorpora definitivamente al caudal permanente de su creación, transformándose, perfeccionándose y afinándose, diluyéndose en nuevas manifestaciones literarias de otro carácter, como el ensayo, la crítica y diversas especies históricas, para matizarlas, realzarlas y enriquecerlas. La buena elocuencia, en forma de inagotable riqueza verbal aliada al arte de persuadir, le acompaña, y en esto el secreto de su buena fortuna está en esa simpatía suya que emana de su palabra, pulida y vigorizada a la vez por el aprovechado fluir de los años. Tampoco se desdibuja con el transcurso del tiempo la personalidad lírica, cuya obra específica, recientemente reunida, de fineza, transparencia y hondura, admite también otras notas humanas; pero el poeta persiste, sobre todo, como difusa influencia vitalizadora, en el resto de su obra copiosa, más allá del verso. Como persiste de igual modo el autor de *El plano oblicuo*, cuyas dotes de narrador y de escritor imaginativo tienen tantas ocasiones para manifestarse en toda la producción de los años posteriores.

A partir de los años de la madurez activa y alerta, magníficamente creadora, el ensayo polariza las energías del escritor, y abre cauce, el más apropiado, al raudal de ideas, experiencias y sutiles efusiones de su espíritu. Ensayísticamente, bajo la apariencia, con la estructura y los modos de expresión del ensayo, hay allí literatura de muchas especies, maneras y recursos artísticos, conquistados y dominados en otros campos; y tal conjunción armoniosa de proyecciones, acentos y matices determina la riqueza, el atractivo y el valor intrínseco de un estilo de la más alta calidad estética, capaz